FUTURO (ORIGEN DE LO NEO-HUMANO)

Elmer Ruddenskjrik

FUTURO

(ORIGEN

DE LO

NEO-HUMANO)

ELMER
RUDDENSKJRIK

Capítulo 1

Dedicado a mí mismo, pues aunque no diría que pueda confiar en mí, al menos tengo la ventaja de conocerme...

Y ahora, que comience la función...

Futuro (Origen de lo neo-humano)

Futuro 0

—Lo ocurrido en París sólo puede ser atribuido a tecnología anticuada y defectuosa.

—No es la primera vez que ocurre algo así. Tenemos informes de casos similares en pequeñas poblaciones en Canadá; y no olvidemos lo que pasó en Gijón...

—Gijón. ¿Dónde está eso?

—En el norte de España. Una ciudad insignificante. Ésa fue la primera vez, nueve muertos y más de sesenta heridos.

—Y ahora, por la muerte de cinco personas en París, la gente pone el grito en el cielo. Increíble.

—Algunos piensan que los hacemos demasiado listos. Distintos laboratorios independientes coinciden en la teoría de que desarrollan una especie de... xenofobia, hacia los humanos. Creo que no sería aconsejable continuar con el proyecto "Simulación de Humanidad".

—No vamos a cancelarlo ahora porque a unos cuantos robots de trabajo se les crucen los cables.

—No se les cruzó ningún cable. Ya se comprobó que todos los organismos artificiales que tomaron parte en los disturbios estaban completamente sanos. Nadie sabe el motivo, pero todo parece indicar que, lo que hacían, lo hacían porque querían.

Capítulo 2

Futuro I

Ahora le tocaba a ella. El proceso seguía su curso. La camilla automática recorría el pasillo tubular de color negro. A pesar de no haber ningún foco de luz, el espacio estaba perfectamente iluminado y ella podía ver, levantando un poco la cabeza, su cuerpo desnudo y más allá, al final del pasillo, una pared del mismo color que la reflejaba en su incómodo lecho. Aunque el pasillo se alargaba varias decenas de metros, no aparecía en el reflejo, y la camilla daba la impresión de estar en ninguna parte, sostenida por la oscuridad que la rodeaba.

La pared desapareció ante sus ojos cuando ya se iba a estrellar contra ella, dando apertura a una sala totalmente blanca. La camilla, flotando sobre un metro de aire, se detuvo en el centro de la habitación. Miró con ansiedad a su alrededor, respirando por la boca para poder oír el menor ruido. De nuevo no había luces y sin embargo todo se veía con extraordinaria claridad. Todo era blanco; techo, paredes, incluso el suelo, parecían no estar. Un efecto de que nada delimitaba el espacio ofrecía a la vista la sensación de que la estancia se extrapolaba al infinito. Dicha sensación sólo duró unos segundos, pero casi se había vuelto loca.

Un gran fragmento de pared a su izquierda atrajo su atención; una parte circular desaparecía como devorada por la oscuridad del otro lado.

Iba a salir algo por ahí. Miró fijamente a la negrura tratando de atisbar el secreto que abrigaba. No sabía cuánto tiempo llevaba mirando ya, pero no había visto ni oído nada. Apartó un momento los ojos, cerrándolos para relajarlos, y volvió a atacar a la oscuridad con la mirada más penetrante que pudo.

De repente, la abertura negra se hacía mayor, o era ella la que se internaba, no sabría decirlo. Se percató de que era una ilusión, de que todo estaba en su sitio. Aquello le estaba ocurriendo por mirar fijamente al centro de la abertura, y aunque era horrible no se rindió; siguió esperando quién sabía cuánto tiempo, hasta que algo empezó al fin a reflejar la luz de la estancia. Parecía nacer de las tinieblas, como si éstas tomaran de pronto forma en una parte y se separara del resto con pereza.

Como cabía esperar, se trataba de una forma metálica. Se desplazaba sobre cuatro ruedas casi totalmente ocultas por una cubierta de metal espléndidamente pulida, con forma de pirámide cuadrada, cuya cúspide se alargaba en un poste metálico de metro y medio de longitud. A la altura del metro se encontraban dos ranuras, una encima de otra, separadas escasos centímetros; acoplados a ellas, orbitando alrededor de la

personalidad no-orgánica, y como danzando sin ningún concierto, estaban dos brazos, unas extremidades con dos articulaciones, a modo de codos, cada una. Al extremo de una de ellas aparecía una especie de pistola con un cilindro transparente, dentro del cual eran visibles varias ampollas negras. Sin duda era algún tipo de munición.

El ser artificial, sin darle tiempo a la mujer a fijarse en nada más, se desplazó hasta sus pies rodeando la camilla. Ella no le quitaba ojo de encima, aunque varios músculos de su cuello amenazaban calambres de tanto mantener alzada la cabeza.

El ente metálico se volvió hacia ella. Su único ojo, un receptor de imagen que la reflejaba en su lente un poco traslúcida y de color rojo oscuro, emitió tres cortos zumbidos al ajustarse para enfocar. Ella intuía por la elevación de la lente que la estaba mirando a la cara. Entonces, la máquina sostuvo en alto su brazo-pistola entre la mirada de ambos, como si presumiera de él con una vanidad que no existía.

Imaginó que ahora sería fusilada. Recibiría la pena capital por pertenecer a la raza humana. Pero el robot bajó la vista hacia su entrepierna y, con gran velocidad y precisión, le introdujo el cañón de la pistola en su sexo. No sintió dolor, pero la sorpresa y lo frío del metal le hizo sentir una ponzoñosa indignación, que evolucionó a profunda repugnancia animal cuando notó que el cañón en su interior se alargaba varios centímetros.

Cuando estuvo a la profundidad necesaria, las ampollas, colocadas dentro del cilindro transparente como balas en un revólver, se desplazaron dos lugares en el sentido contrario a las agujas del reloj haciendo un ruidillo, un silbido metálico, antes de cada movimiento.

Ni un segundo tardó en sentir dos dosis de algún líquido derramándose dentro de ella. No sabía qué estaba ocurriendo, pero a pesar de lo humillante que resultaba todo aquello se sentía aliviada de no haber tenido que enfrentar a la muerte.

Levantó de nuevo la cabeza para mirar a la máquina, que ya había retirado el instrumento y extendía ahora su otro brazo. No había reparado en ello antes y descubrió asustada que aquello era una especie de mano; más bien una tenaza, eso era, una tenaza muy abierta para coger algo muy grande.

Miraba nerviosa la garra mecánica intentando imaginarse lo que iba a hacerse de su persona. Entonces ocurrió algo: su visión fue inundada de un fuerte resplandor y esperó que eso fuera la luz del amanecer, que estuviera abriendo los ojos y dejando atrás lo que no era más que una pesadilla. Pero el resplandor se atenuó casi en el instante mismo en que se produjera; entre los "dedos" de la garra, que no eran otra cosa que unos electrodos para una extraña forma de energía, titilaba una línea de

luz de un amarillo repugnante y en extremo amenazante.

El robot, sin ceremonias de ningún tipo, llevó la luz hasta las ingles de la mujer y con un rápido movimiento fluido amputó una pierna tras otra, quedando los cortes instantáneamente cauterizados por el propio haz amarillo. Ella gritaba, por supuesto, pero no tanto por el dolor como por el hecho de verse separada de sus piernas.

Las partes de la camilla en que se encontraban se separaron y desaparecieron flotando en la oscuridad, allí, en la abertura a su izquierda, que debido a los acontecimientos le parecía una gran boca sorprendida y tragadora de carne que engullera sin masticar. Entorpeciendo la contemplación de todo eso apareció el robot, que había rodeado la camilla para acercarse.

Ella desvió la vista hacia la cabeza con forma de palangana de la máquina, como si tuviera algún sentido hacerlo. La máquina podía ver su rostro, podía ver las lágrimas seguir distintos caminos en la piel humana y la boca abierta en grito desesperado que sin embargo no podía oír. Podía ver el sufrimiento de su "paciente", pero no significaba nada para su bien estructurado pensamiento. Seguiría adelante como era su deber; con la misma profesionalidad y falta de estilo separó los brazos de la mujer. Y ella, con la lucidez de la desesperación, pensó en la indiferencia y neutralidad de las máquinas de limpieza que recorrían su casa cuando era pequeña. Era horrible que algo pudiera tan bien limpiar el polvo como matar o torturar...

Sus brazos ya escapaban por donde lo hicieran las piernas, seguidos de cerca por el cirujano artificial, que hacía girar en el aire sus brazos como había hecho al entrar.

Había dejado de gritar al verse de nuevo sola, pero el horror parecía empequeñecer su corazón y sus pulmones; estaba perdiendo el aire, necesitaba respirar cada vez más hondo para mantener en funcionamiento el estresado sistema nervioso.

Gritó otra vez, sólo un momento, al sentir que la camilla flotante se ponía en posición vertical, dejándola a una altura aproximada a la que estaría sobre sus antiguas piernas. Vio la abertura quedar cerrada por la pared que parecía reintegrarse del aire; la camilla avanzó en ese momento hacia delante a gran velocidad.

Mirando al frente, con los ojos muy abiertos y la cabeza totalmente vacía de pensamientos, vio el muro ante sí desaparecer para dejar esta vez a la vista un engendro, fijo en el espacio abierto. Sí, era un engendro, un monstruo mecánico de mirada rectangular que emitía destellos alternos de rojo, verde y azul. En su cuerpo empotrado se retorcían impacientes gran cantidad de apéndices, cada uno diferente al resto. A pesar de su

naturaleza metálica y estéril recordaba asquerosamente a una extraña garrapata gigante.

Aferrada por fuertes grilletes a la camilla, que avanzaba imparable hacia la cosa, se desvaneció en medio de un grito en el que empleaba sus últimas fuerzas y cuya única consecuencia fueron unas breves reverberaciones en la sala.

Se despertó con la boca muy seca. Sin abrir los ojos, intentó humedecer el paladar, pero no podía cerrar la boca. Estaba mordiendo algo que parecía alguna goma.

Abrió los ojos; unos tubos, tres, le salían de la garganta y se hundían en la pared de enfrente, a unos escasos dos centímetros de su nariz. Notó que no podía mover la cabeza, algo se la sujetaba, pero moviendo los ojos descubrió que se encontraba en un receptáculo metálico que se adaptaba a su nueva y reducida silueta corporal. También vio que varios..., no, muchos cables salían del metal y se dirigían a distintas partes de su cuerpo. Pero con la cabeza alzada no alcanzaba a ver cómo se introducían en su carne y cuidaban de que todo funcionara perfectamente. Nada más se distinguía en ese claustrofóbico lugar, salvo una figura deformada y de ojos saltones en la superficie del metal que era su reflejo. Intentó gritar, pero no podía y además no hubiera conseguido nada con hacerlo.

Transcurrió el tiempo. Ella pasó por un sinnúmero de crisis nerviosas y estados mentales, hasta que dejó de ser humana intelectualmente. Pero aquello no acabó hasta pasados nueve meses, cuando nació el hijo que las máquinas habían sembrado en ella. El proceso terminaría entonces con la transformación de su cuerpo en diversas sustancias y fluidos que servirían de lubricante de piezas mecánicas o como conductores electrolíticos en circuitos electrónicos de inconmensurable complejidad.

Capítulo 3

Futuro II

—No hay duda, nos han encontrado.

Claro que no había duda. No podía saber cómo, pero habían logrado triangular su posición. Con sus prismáticos veía a los artilugios voladores reflejar la luz del sol del atardecer, acercándose, sin que nada pudiera impedirselo, a gran velocidad. Los demás, aun sin prismáticos, podían verlos perfectamente, y el pánico se tornó una curiosa expresión de la energía: gritos, movimiento nervioso de brazos y cabezas, cuerpos recorriendo de arriba a abajo las cubiertas... No pocos ponían en marcha sus embarcaciones y se separaban del grupo en direcciones dispares.

—Mami, tengo miedo —su hija hundió la cara en el cuerpo de su mujer.

—Por favor Allan, vámonos.

Allan la obedeció. Él sabía que era inútil intentar escapar, también sabía que ella lo sabía. Había pronunciado aquellas palabras con una voz un tanto neutra, que a su criterio reflejaba una palpable y desolada resignación.

Mientras arrancaba el motor, el ruido de cientos de voces y botes chocando unos con otros aumentaba rápidamente. Barcos de distintos tipos y de gran variedad de tamaños formaban una diligencia marítima de cerca de trescientas embarcaciones.

Allan dirigía la suya, no muy grande pero tampoco todo lo pequeña que ahora le convenía, a través del tumulto. Procuraba no hundir ninguna de las pequeñas y no ser hundido por alguna de las grandes. Todo el mundo intentaba ya tomar un rumbo que lo alejara del peligro, y no todos tenían el cuidado de Allan. Muchas personas pedían auxilio desde sus botes, en zozobra por las colisiones, o ya desde el agua. Los dueños de los barcos más grandes desataban los cabos con los que remolcaban barquitos de remos o botes hinchables, que habían sido lo mejor que algunos habían encontrado a la hora de perderse en el mar. Pero arrastrar desconocidos no era ahora, como lo había sido en su momento, un gesto de generosa humanidad, sino una heroicidad cuando no una estupidez. Los navegantes abandonados protestaban algunos, gritando barbaridades o lanzando cosas, mientras otros sólo contemplaban impotentes y con cara de sentenciados. A pesar de todo muchos eran incapaces de moverse, impidiéndose unos a otros la huida. Sólo los que se encontraban en la periferia del bullicio naval podían avanzar sin problemas.

Allan se dirigía hacia el exterior por el lugar menos concurrido. Ya faltaba poco para salir. Su mujer gritó algo. Estaba demasiado ocupado para prestarle atención, pero vio acercarse a estribor lo que había originado el aviso. Un enorme yate, tres veces más grande que su propia embarcación, amenazaba con arrancar la proa de cuajo. Avanzaba a buena velocidad, empujando y partiendo naves más pequeñas. Allan viró a babor todo lo que pudo. El yate chocó con la proa sin dañarla, gracias a la oportuna maniobra. Debido a la colisión, el barco de Allan golpeó con fuerza a un par de botes pequeños, que empezaron a hacer agua al tiempo que sus tripulantes pedían ayuda. Allan abandonó el timón para recogerles sabiendo que perdía un tiempo precioso.

—Allan, mira.

Siguió el dedo de su mujer, que señalaba, huesudo y pálido, al cielo. Cuatro artilugios de tamaño considerable, unas formas de huevo con alas, totalmente plateados, dejaban caer gran cantidad de bombas con espoleta de altitud. Las bombas eran inteligentes, en un sentido electrónico. Recibían información en tiempo real de su altitud respecto al suelo o el nivel del mar a través de sus receptores de vídeo bifocales, explotando en el momento en que juzgaban más propicio para maximizar los daños.

Allan supo que nadie escaparía ya; tal cantidad de bombas mataría a más de la mitad de los que allí estaban y destrozaban la mayoría de las embarcaciones, suponiendo que no estallaran. Pero las bombas estallarían; de la primera a la última, todas se habían diseñado para un funcionamiento perfecto en una misión que debía ser un completo éxito: no habría supervivientes.

Su mujer se volvió y le miró. Él también la miró a ella; abrazó con fuerza a la niña mientras le cambiaba la expresión de la cara. Parecía extremadamente delgada en ese momento, aunque no podía ser. El semblante debía querer expresar miedo o desesperación, sin duda, pero ya no veía ahí el rostro de su mujer, sino el de alguien que se reía de todo con una mueca demasiado forzada y espeluznante. Era extraña y demacrada, como si hiciera una semana de estar sin vida.

Allan retrocedió dos pasos justo cuando las bombas aterrizaban en el agua, al reconocer, mirándole a los ojos y abrazando a su hija, a la muerte.

Capítulo 4

Futuro III

¿Qué le estaba pasando? El pequeño anciano humano se apretaba contra el rincón en esas ruinas de lo que había sido una suntuosa vivienda en otros tiempos. Su ropa, un mero harapo, se enganchaba en los puntiagudos escombros del suelo cuando se arrastraba alejándose de él. Era patético y desagradable, el modo en que aullaba de horror y se cubría con sus patéticas extremidades la cabeza para evitar mirarle. Tras convertir en polvo a cientos como ése, se sentía (algo que hacía por primera vez en sus doscientos catorce minutos y nueve segundos de vida) incapaz de consumir al horrible ser.

La enorme máquina detuvo su avance hacia el humano. Bajó sus cuatro brazos-cañón y lo contempló atentamente con sus cinco ojos verdes. Comprendía que el blandengue bicho tenía miedo de morir, aunque no entendía por qué. Tampoco lo necesitaba para saber cómo se sentía. Por mucho asco que le inspirara esa criatura se compadecía de su situación: toda su raza, los antiguos dueños de la Tierra, estaba desapareciendo para dar paso a los neo-humanos, como se hacían llamar. Un análisis básico denotaba una gran desnutrición y deshidratación; la comprobación de sus secreciones hormonales, la dilatación de sus pupilas, los registros de su voz, le decían que su estado mental rayaba en la locura más extrema, con un retraimiento hacia una conciencia mucho más primordial, parecida a la de un recién nacido. A pesar de su lástima por él, era irracional dejarle con vida en ese estado y en ese tiempo, pero no podía acabar con el lastimoso ser.

Decidió (otra cosa que hacía por vez primera) llevárselo con él. Sí, él se encargaría del pequeño humano, acabaría con su sufrimiento y con el suyo propio. Enseñaría a los demás que no hay razón para continuar matando, que no pueden hacer daño a nadie. Él, una máquina recién creada para destruir los restos de esa decadente civilización, lo había comprendido. Había muchos mucho más antiguos y sabios, a todos ellos les resultaría fácil entenderlo.

Su sistema de localización le indicó la llegada de tres de los suyos, atraídos por el calor del humano anciano. Él se volvió hacia ellos, ya que le estaban interrogando sobre el humano y la prolongación de su existencia sobre la Tierra. Los tres neo-humanos eran Supervisores, seres mecánicos tres veces más grandes que él. Comandantes de las tropas de tierra, se movían sobre tres pares de piernas, y el cuerpo era una gran forma esférica rodeada de decenas de ojos rojos, armas de energía y brazos para todo tipo de tareas. Tuvo con ellos una breve conversación

por ondas de radio.

En un lenguaje creado por los neo-humanos para los neo-humanos, quiso explicarles su descubrimiento de empatía con el humano, pensando que sería todo un orgullo hacer tal avance en las emociones siendo tan sólo una máquina de guerra, de tal juventud además. En cambio le llamaron estúpido y le advirtieron que sería un traidor a la raza si no lo ejecutaba de inmediato. No pensaba cambiar de idea, por mucho que le decepcionara esa actitud de sus congéneres, así que, decidido a hacer lo que creía correcto, y tras esa conversación de nanosegundos, levantó sus cañones hacia los supervisores y los aniquiló apuntando a sus generadores de fusión fría a partir del aire.

Estallaron rápidamente y con gran violencia, pero uno de ellos había tenido tiempo de alertar a los demás. Los oía darse avisos unos a otros, todos a su alrededor intentarían darle caza. Pero no había vivido lo suficiente para conocer el desaliento. Extrajo una de sus pinzas y, recogiendo con toda la delicadeza al humano balbuceante, echó a dar saltos sobre las ruinas con sus dos piernas neumáticas, pues de usar el generador anti-gravitacional para salir volando, el fuego guiado de sus congéneres se haría más preciso.

A pesar de todo su cuidado, y de toda la tormenta de munición que desplegaba sobre los de su propia raza, llegó un momento en que no podía casi moverse con tantos impactos sobre su casco. El fuego de energía chocaba contra su cuerpo desde todas partes. Antes de que él mismo empezara a desmembrarse, vio al anciano deshacerse literalmente en su pinza, reventando por entero con los disparos en una mezcla de fuego y fluidos corporales. De nuevo sintió lastima por el humano, pero estaba orgulloso de sí mismo y, de haber sabido lo que significaba, también hubiera dicho que contento de haberlo intentado. De haber intentado hacer lo que, no sabía porqué, le había parecido lo más neo-humano que habría podido hacer.

No tuvo mucho tiempo más de vida. Totalmente inutilizadas sus armas e incapaz de moverse, con su cuerpo vomitando lubricante, ácido y entrañas cibernéticas, los suyos se abalanzaron sobre él para acabar de destrozarlo, pero todos llegaron a escuchar sus últimas palabras mientras lo hacían...

... continuará en "Futuro de lo neo-humano".